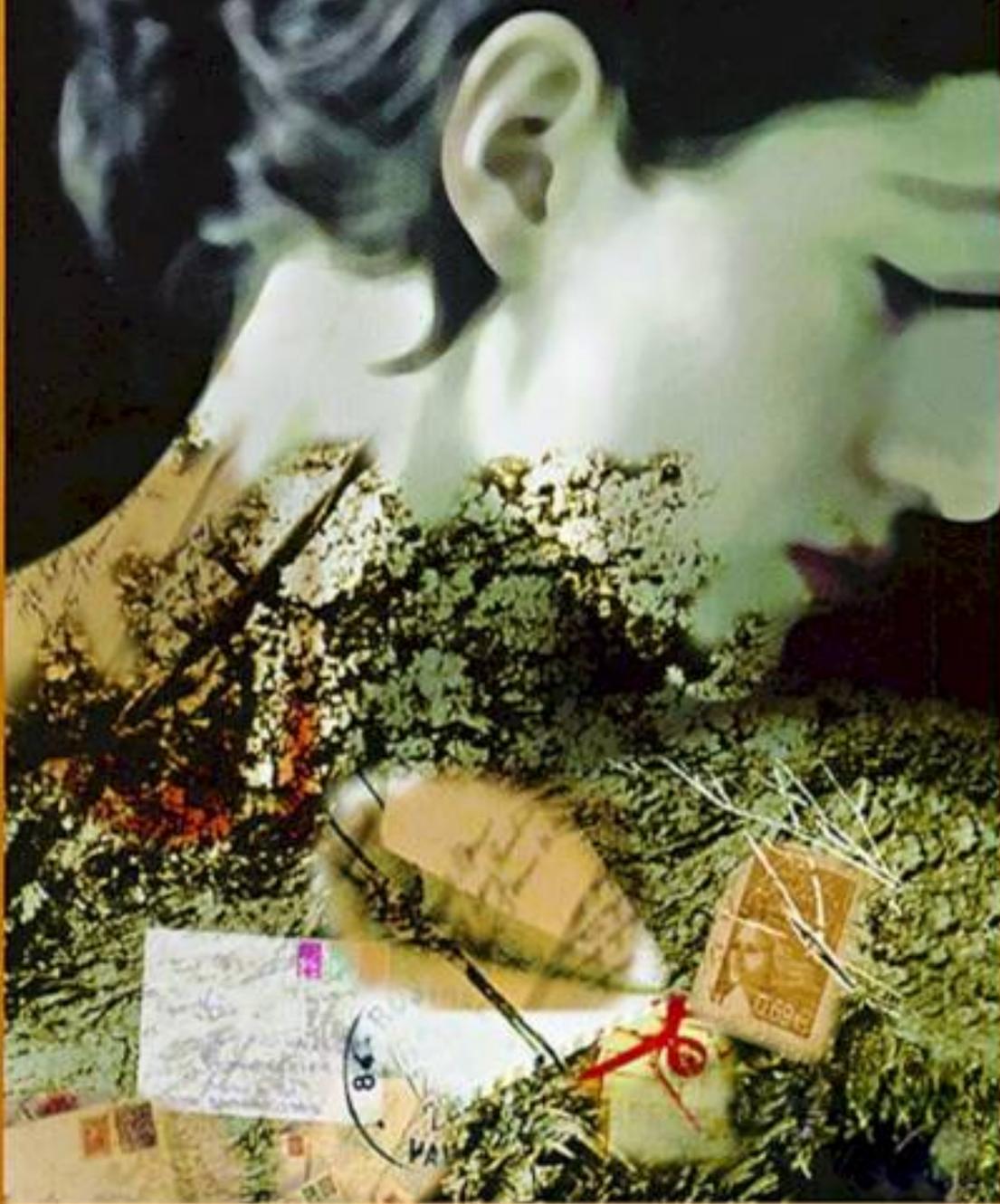


José María Vargas Vila

Flor del fango



La protagonista de esta novela, Luisa García, es una mujer que se ha educado como maestra en una normal pública, lo que le da características singulares en una época en que la mayoría de las mujeres letradas recibían su educación en un mundo conservador regido por reglas impuestas por la tradición católica; reglas que son atendidas solo en apariencia, pues los miembros de la familia e incluso el cura párroco de la región, son unos seres hipócritas a los que solo les interesa en verdad la satisfacción de su refrenada lujuria. Luisa entonces tiene que enfrentar a estos personajes desde una doble y entretejida circunstancia: un enfrentamiento de principios e ideas, y otro que tiene que dar en contra de la lascivia de los hombres que la rodean. La protagonista se convierte así en un ser que pone en entredicho las mojigatas apariencias sociales. La lucha en que se ve envuelta la pierde a medida que los otros personajes utilizan todos los recursos que la engañosa sociedad a la que pertenecen les proporciona. Vargas Vila, quien fue siempre un liberal intensamente radical, utiliza esta obra como una manera de exponer a sus lectores los peligros de los prejuicios de una sociedad que considera en el extremo retardataria.

Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur
adipiscing elit. Nulla ac tellus nunc. Phasellus
imperdiet leo metus, et gravida lacus.

PRIMERA PARTE

Sobre la llanura inmensa empezaba la noche a extender el ala misteriosa:

la tarde expiraba en una pompa feérica;

el sol se sepultaba en una como apoteosis de colores, en una fulgurante de llamas; se diría los funerales de un traicio;

al resplandor del ocaso, pira gigantesca alzada allí para holocausto del Rey-Astro, respondían las palideces del Oriente, huérfano de su lumbré generosa, del esplendor de su púrpura flamante;

la tarde se extinguía en la inefable dulzura del crepúsculo, donde aún temblaban las palpitations postreras de la luz;

sobre los altos cerros del levante, las capillas rústicas y blancas palomas detenidas por las primeras sombras de la noche;

la ciudad, allá lejos, como una inmensa mancha negra perdida en la bruma del crepúsculo, se hundía en extraña penumbra, de la cual se destacaban, perfilándose en el horizonte, siluetas de campanarios, columnas capitalinas, frontones de edificios: todo indeciso, flotante, como emergiendo de un sueño; de la niebla de un lago aéreo y vaporoso, como un extraño fondo de miraje;

las innúmeras campanas de los templos, tocaban el Ángelus; su místico clamor se perdía en el espacio en una triste-

za infinita; su voz en la soledad, vox clamantis in deserto; voz de madre desolada, llamando a los santuarios vacíos, a los hijos dispersados por el huracán de la impiedad, las almas fugitivas; los espíritus rebeldes; tanto corazón sordo ya por el grito de la Fe...

la vibración sonora moría en la calma infinita de la tarde; sobre el cielo pálido, de una palidez de nácar, teñido a veces por pinceladas de un color violáceo, aparecían una a una las estrellas, mariposas brillantes de la noche, gigantesco coleópteros del cielo, en torno de la luna melancólica, triste como la lámpara sagrada de la cúpula inmensa del Santuario;

y, en esa decoración como de ensueño, a través del paisaje vespéral, se extendía algo como el aliento enervador de una caricia misteriosa;

a aquella fiesta de los colores arriba, hacía eco la fiesta de los gorjeos, a la gama cromática en los cielos, a la gama diatónica de la tierra; la escala de Jacob en el espacio;

en los sauces, entre las eras, bajo del ramaje, un mundo alado alzaba sus cantares, y, todo era colores y armonías en esos funerales de la luz;

en medio de la pompa melancólica de esa tarde otoñal en la llanura, un coche que venía de Bogotá descendía por el ancho camino de Occidente;

había dejado atrás, a Puente Aranda, las alcantarillas, donde las garzas meditativas, en actitud hierática, como el Ibis de la Libia, los pájaros sagrados del Nilo, veían asombradas la llegada de la noche, mientras los ánades, hundiendo su eucarístico plumón en la linfa azul, guardaban en sus pupilas místicas todo el fulgor postrero de la tarde;

de vez en cuando asomaba por las ventanillas del coche, tras una mano enguantada, el rostro encantador de una joven, casi una niña; rostro de belleza extraña, como de antiguo camafeo pompeyano, en cuyos ojos azules, de un azul cambiante de turquesa pálido tornándose cuasi en el

verde acuático de una alga, se pintaba la más viva admiración la más infantil curiosidad;
sobre el tinte írido de su rostro, que tenía la tersura inmaculada de un lis, el ligero carmín de la emoción extendía su tinte purpurino, y, con la barba apoyada en la mano, dejaba errar su mirada sorprendida sobre aquel inmenso horizonte, que tenía el esplendor de una acuarela;
la languidez suprema de la tarde, la clama soñadora del paisaje, se reflejaban en sus pupila azules;
era Luisa García institutriz, recientemente graduada en la Escuela Normal de Bogotá;
hacía, por decirlo así, su viaje de nupcias con el Destino, iba hacia lo desconocido, al combate rudo de la vida;
como esos jóvenes reclutas que, húmedos los labios por el último beso de la madre, van a tierras lejanas, a batallas sangrientas, a muertes ignoradas, así, esta niña desamparada y sola, entraba en el mar tempestuoso del mundo, lleno de suertes traidoras, de abismos ignorados, de tempestades dormidas tras la falsa serenidad del horizonte;
diez y siete años; bella... toda una primavera de promesas; al día siguiente de su grado, ensordecida aún por los aplausos que su talento arrancó a un público delirante de admiración el Director de Instrucción Pública, vino a manifestarle que una familia muy notable de vieja cepa aristocrática, había solicitado del Gobierno la nueva institutriz, para encargarla de la educación de dos niñas de una hacienda cercana;
Luisa había temblado a la idea de verse casi sola en un pueblo extraño, teniendo que lidiar con autoridades incul-tas, y padres de familia díscolos, aceptó gustosa el ofrecimiento; y, el día aquel en que la hallamos, se había despedido de su madre, y emprendiendo ese viaje lleno para ella de emociones y esperanzas;
por primera vez salía de Bogotá, y la belleza del campo, la limpidez del horizonte, la novedad del paisaje, le encantaban;

hasta entonces había vivido, en su ciudad nativa, en donde, como una flor de invernadero, languidecía su belleza espléndida, en la estrecha vivienda de su madre, o en los frío claustros de la Escuela; y al sentir sobre su frente el ósculo primero de los campos, la alegría de vivir, el deleite de la vista y uno como voluptuoso estupor que la poseyeron;

feliz sonreía, vivificada al beso de la naturaleza había hecho sin fatiga el largo trayecto de aquel día, hasta que con la última luz de la tarde, el coche dobló por un estrecho camino, doblando a un lado y otro por uno como muro de verdura, formado por enredaderas olorosas y un inmenso ramaje florecido...

al frente, un ancho portal de piedra, ostentaba encima este letrero:

La Esperanza.

Luisa había llegado a su destino.

* * *

La vieja casa solariega alzábase ante ella, con su mole blanca, anchos corredores, un aspecto conventual;

se le esperaba, sin duda, porque la familia estaba en el corredor; al poner pie en tierra, su alta y elegante silueta, proyectada por los rayos del crepúsculo, se destacó majestuosamente y como engrandecida, a los ojos de los que la aguardaban;

su belleza era heroica y sensual; tenía de la Minerva Políade y de la Venus Victrix: belleza casi andrógina, que recordaba los jóvenes de Luini, en el gran fresco de Berra, y la hermosura efébrica de aquel San Juan admirable, de rostro oval y cuello de virgen, que duerme sobre el hombre del maestro en *La cena*, de Lugano;

la cabeza maravillosa, coronada por una selva de cabellos negros, con reflejos azulosos, como agua estancada y profunda;

la frente más bien angosta que ancha: frente querida al arte helénico;

los ojos grandes, azules y profundos; extraños ojos como incrustados de pedrería y llenos de fulguraciones y misterio;

la mirada dominadora y triste, con algo de encantador y despótico, llena de sortilegios de magia, y de ineluctables sugerencias;

largas pestañas velaban el raro fulgor de aquellos ojos como tupidos helechos bordean un lago africano lleno de sombra y de inquietud;

un ardor excesivo, una rara intensidad de vida intelectual brillaban sobre su rostro de contornos suaves y facciones fuertemente acentuadas;

sobre su frente, sobre sus mejillas, sobre su cuello, y el nacimiento descubierto de su seno, se extendían tonos amarillos y luminosos, que hacían pensar en el espesor de su carne seductora, en ocultas y amadas realizaciones voluptuosas;

las curvas de su seno y sus caderas, eran modelos de belleza plástica, fragmentos de sensualidad triunfante;

toda ella semejava aquella egregia figura patricia, deslumbrante de belleza, en la cual el Corregio quiso representar a Venecia, en el *plafond* del anticolegio, rodeada de sus diosas de cuerpos ondulantes, bañados en ondas luminosas;

todo en ella recordaba la belleza antigua, y hacia soñar con el regreso del Mito;

un sirviente vino a tomar su equipaje;

el dueño de la casa, ceremonioso y amable, bajó a recibirla al pie del coche, y le ofreció la mano para subir la escalera;

a la vista de aquel hombre, un recuerdo confuso brotó en la mente de Luisa; ella lo había visto antes; ¿en dónde? no distinguía bien la brumosa conmemoración de sus recuerdos.

Don Juan Crisóstomo de la Hoz, que, tal era el nombre del anciano dueño de la casa, presentó a Luisa a su familia.

—Mi esposa —dijo, y le señaló una señora que, dejando la ancha butaca que ocupaba, se había puesto de pie.

—La señorita Luisa García, institutriz.

Luisa se inclinó ceremoniosamente, y, tendiendo su mano a la señora, murmuró un cumplido.

—Ahora —dijo don Crisóstomo, mostrando dos niñas de catorce a quince años, que cerca de su esposa estaban—; ahí tiene usted sus discípulas: Sofía, mi hija, y Matilde, mi sobrina.

Luisa les estrechó la mano con cariño y añadió:

—Espero que seremos muy buenas amigas.

—¿Dónde está Arturo? —dijo do Crisóstomo.

—Aquí, papá —respondió una fresca voz de adolescente, y apareció un joven, que hasta entonces se había ocultado tras la redonda figura de su padre.

—Mi hijo Arturo;

el joven hizo un saludo tímido, y enrojeció hasta la nuca.

—Sigamos a la sala, mientras arreglan su equipaje en su habitación —dijo la señora—; usted deseará descansar;

una vez en la sala, Luisa pudo observar bien el grupo que la rodeaba;

pequeño, rechoncho, rojo, pletórico de sangre; verde, libidinosas las pupilas a flor de cara; como en el limo oscuro de un pantano, se veía todas las liviandades, en el sucio verdor de aquellos ojos;

el cabello, rojo el tinte, como si tuviese miedo a la majestad de las canas, aquella frente de Sátiro, hecha por el follaje de los pámpanos;

grueso el labio inferior; grueso y sensual, de una sensualidad desesperante; labios de esos que, según Sócrates ha-

cen más voluptuoso el beso;
rasado el bigote; rojas las patillas; corto el cuello; inmenso el vientre;
con gafas de oro, pulcro en el vestir; lento en el andar; pomposo y dogmático en la dicción; ceremonioso y grave en las maneras, tal era el señor don Juan Crisóstomo de la Hoz;
en lo moral, podía decirse que tenía el alma en el rostro; lascivo, taimado, disoluto;
hombre inteligente, audaz, flexible como una liana trepadora, había ascendido a manera de atrevida yedra por el muro agrietado de aquella sociedad conservadora y apoderado de la cima, la tenía toda prisionera en su ramaje; había estudiado el medio social en que vivía, y se había adaptado a él para dominarlo;
fingió la fe de un cartujo, el entusiasmo de un cruzado, la pureza de un asceta: hizo de la hipocresía un escudo, de la religión su corcel de guerra y con ellos libró sus grandes batallas en la Banca y el Comercio;
sectario tumultuoso, demagogo clerical, fue jefe y centro de esa falange sombría y agitadora que, en nombre de la Religión, ha hecho contra el progreso el juramento de Aníbal;
así llego a la cima; su palabra fue oráculo; su virtud fue un dogma; la Iglesia su mina; la filantropía el más productivo de los negocios;
miembro de todas la cofradías, presidente de asociaciones piadosas, tesorero de sociedades de caridad, banquero de la curia, católico exaltado, combatiente rudo, intrigante tenaz no hubo en Bogotá virtud más insospechable que la suya;
mi reputación más limpia, la tuvo nunca cerdo enriquecido en más dorado círculo de cándidos idiotas.
Doña Mercedes Sánchez de Pescador y Robledo como ellas hacía poner en sus tarjetas, con énfasis portugués, era una mujer rayana en los cincuenta años, pequeña de

cuerpo, escasa de carnes y pobre de sangre, según se veía en el color pálido y bilioso de su rostro, que sólo coloreaban algunas pecas; bajo su frente huecosa, que coronaban cabellos de un rojo subido, sus ojos pardos y pequeños, se movían con inmensa inquietud que hacía contraste con el rojo pálido de sus canas teñidas;

su voz silbaba a través de sus dientes postizos, y sólo le hacían agradable la marcada distinción de sus maneras cortesananas, y su conversación amena, aunque muy pedantescas:

orgullosa, dominante, necia; blasonada la nobleza; llena de preocupaciones, tenía la insolencia del dinero, tras del cual se parapetaba, como tras de un escudo, su inmensa necedad;

hija única de un honrado comerciante, que principió por vender alpargatas, manta y cera negra, en la Plaza del Mercado, y había logrado ser miembro del alto comercio y la alta sociedad; dotada por la naturaleza de mal genio; sin madre pues la perdió siendo muy niña;

desprovista de los dones de la hermosura, había llegado a los treinta años soltera, y al doblar este cabo de las tormentas, su naturaleza voluptuosa atacada de constantes crisis nerviosas, revistió entonces la más repugnante de las formas del histerismo: *el histerismo religioso*, y se había hecho beata;

de iglesia en iglesia, de convento en convento, paseando de solterismo y su aburrimiento, había sentido al fin algún consuelo, con los sermones de un elocuente y bello predicador dominico, había hecho de la iglesia de Santo Domingo, el *rendez-vous* de su piedad;

de súbito corrió en la sociedad, sorprendiéndola inmensamente, la noticia de que Mercedes Sánchez se casaba con un joven dependiente del almacén de su padre, muy formal e inteligente para el negocio, aunque de humilde posición;

mas lo hizo subir de punto la extrañeza y la crítica, fue la rapidez con que se celebró el matrimonio, y el inmediato viaje a Europa que emprendieron los recién casados, para lo cual se alegaba la mala salud de Mercedes, y del cual volvieron a los dos años, con motivo de la muerte del padre, trayendo dos hermosos retoños; la rápida fecundidad alarmó a sus relaciones;

desde entonces, ocupó don Crisóstomo de la Hoz el lugar de su difunto suegro, pues habiendo muerto ausente el único hermano de su señora, que lo instituyó legado universal y tutor de su única hija, fue jefe y dueño de todo; su esposa, que había querido dominarlo al principio, había encontrado resistencia tenaz en el carácter violento y sin educación de él; y esto, unido a causas ocultas, y que la fidelidad no era la virtud distintiva del marido, arrojó algunas nubes sobre el cielo de ese matrimonio: sin embargo, fieles al medio social en que vivían, ocultaron sus pesares, y pasaban a los ojos de todos por un matrimonio modelo.

Don Crisóstomo se hizo pronto el padre *de los huérfanos*, como lo llamabas sus apologistas; y la fama de su caridad llenó los ámbitos de la vieja ciudad de los virreyes; hacía algún tiempo que sus negocios no iban bien, y bajo pretexto de salud, se había retirado la familia al campo, cuando la hallamos sujeta a la observación de Luisa.

Sofía era una niña delgada y esbelta, melancólicamente tímida; blanca, de una blancura láctea, que hacía pensar en aquellos novicios de tiempos medievales, cuya belleza claustral tenía la poesía de un ensueño místico;

sus cabellos lacios y rubios, de un rubio de espigas ya marchitas; sus ojos negros y grandes, en una pertinaz actitud de ensueño; ojos estáticos de los mártires del amor y de la fe;

asemejaba la casta imagen de un icono votivo; uno de esos ángeles de misal que, plegadas las alas de oro, jun-

tas las manos en actitud beatífica, miran la hostia nívea emerger del áureo cáliz en un campo pálido de azur...

Matilde era el reverso; su belleza tenía la exuberancia de la rosa de los trópicos;

pequeña, robusta; de color ligeramente moreno; rosadas las mejillas, como una clavellina del valle; rojos y pronunciados los labios, corta y ligeramentealzada la nariz; inmensamente negros sus ojos, como el bosque de cabellos ensortijados y profundos que circundaban su frente, y cubrían sueltos, más de la mitad de su cuerpo;

imperativa, apasionada, voluptuosa, era con relación a su prima, la naturaleza más distinta;

la una era el sueño del amor, y la otra era el sueño del placer;

moreno, más oscuro que los otros de su raza; castaño el cabello ondulado que le caía en profusión sobre la frente angosta; grises sus ojos, de un color gris claro, de pizarra pálido, como de rubí de Sudermania, cruzados por líneas negras que les prestaban un fulgor extraño;

negras y pobladas las cejas; negras las pestañas; recta la nariz, sensual el labio, desdeñosa la sonrisa, blancos los dientes; se hubiera dicho un Byron niño;

era una reproducción de aquellas cabezas que pintores del mediodía, dejaron en el *Museo degli Studi*, o en la *Gallería degli Uffizi*, y cuyo tipo se ve vagar en la escalinata de la *Piazza di Spagna*, en Roma, o en los malecones de *Chiaggia*, o de *Santa Lucía* en las tardes apacibles, bajo el sol ardoroso de *Bahía*;

tal era Arturo; demasiado alto para su edad, delgado y nervioso, brillaban en sus ojos pasiones sensuales aún dormidas, y el fulgor extraño de un alma tempranamente atormentada por los sueños tempestuosos del amor; se sentía con temor de despertar aquella naturaleza virgen: *Cave leonem*;

mientras Luisa hacía sus observaciones, la conversación versado sobre su viaje, y las emociones que el campo ha-

bía despertado en ella.

–Y, ¿usted no había salido nunca de Bogotá? –dijo doña Mercedes.

–¿Cómo podían ustedes pasarse los diciembres sin salir a Ubaque, a Choachí, o la Villeta? A mí me habría sido imposible.

–Mi madre no podía salir; y, además, somos solas.

–Y, ¿su papá de usted no existe?

–No, señora.

–¿Hace mucho que murió?

–Yo no alcancé a conocerlo; murió cuando la guerra de Melo.

–¿Peleando en Bogotá?

–No, señora; desterrado en Chagres.

–¡Ah! ¿era artesano?

–Sí, señora; carpintero;

la joven sufría visiblemente con el interrogatorio.

–¿Y su mamá de usted enseña también? –continuó implacable doña Mercedes.

–No, señora ella trabaja.

–¿Borda, o cose?

–No, señora plancha –contesto Luisa como dominando la tortura moral y levantando sus ojos puros y serenos sobre su interlocutora.

–Es hija de una planchadora –dijo Matilde por lo bajo a Sofía, la que inclinó su rubia cabeza, fingiendo jugar con la blonda de su pañolón negro, sin responder nada.

Don Crisóstomo, comprendiendo que la joven sufría, se apresuró a decir:

–La señorita deseará arreglarse para ir a la mesa; Sofía, señálale su cuarto.

Luisa se retiró con un ceremonioso saludo que sorprendió a la señora, la cual no se explicaba cómo la niña de un carpintero y de una planchadora podía tener tan elegante presencia, y tan distinguidos modales, don Crisóstomo y doña Mercedes se retiraron también; Arturo permaneció

quieto, absorto, contemplando el sofá donde la joven había estado, como se sigue en medio de las sombras el resplandor de un astro que se eclipsa.

Matilde se acercó a él y le dijo:

—¿Qué te parece? es hija de una planchadora; es una cualquiera; yo no la voy a obedecer.

Arturo, sin volver en sí, respondió maquinalmente:

—¡Oh! ¡es muy bella!...

La comida fue ceremoniosa y triste;

había esa frialdad estorbosa que reina entre gentes que por primera vez se ven, y que se sienten miradas y observadas entre sí;

de regreso al salón, Luisa quiso conocer el estado de sus discípulas en la música, y la invitó a que tocaran.

—Sabén muy poco —dijo doña Mercedes—; Sofía es la única que estudia; toca algo para que te oiga la señorita;

la joven se puso al piano, y ejecutó con infinita ternura un valse melancólico y sencillo, al cual comunicaba un sentimiento extraño, su alma soñadora.

Matilde intentó luego ejecutar algo, pero interrumpiéndose a cada paso, terminó por ponerse de pie, diciendo que se le había olvidado.

—Ahora, señorita —dijo don Crisóstomo—, ¿no se dignaría usted tocar algo?

—Con mucho gusto.

Algo clásico —añadió doña Mercedes.

—No toco de memoria nada clásico.

Aquí hay libros de música;

y don Crisóstomo abrió uno ante la joven.

Luisa lo ojeó, y hallando una sonata de Beethoven, ligera, alada, como todas las creaciones del cisne de Bonn, la interpretó con maestría inimitable, con una pureza de ejecución cuasi de artista.

—Ya que toca tan bien, cántenos algo; Crisóstomo me ha dicho que usted canta.

—No me sé acompañar en el piano.